

LA CREACION Y CRITICA NOVELESCAS

Entrevista imaginaria a Manuel Rojas

Este artículo está basado en textos extraídos de dos ensayos de Manuel Rojas: "Algo sobre mi experiencia literaria" y "Reflexiones sobre la literatura chilena". — (N. de la R.).

El problema del proceso de la creación artística es un tema que siempre ha suscitado interés, en parte debido al mismo misterio que lo envuelve. Transcribiremos el pensamiento de Manuel Rojas a este respecto, pese a que, como él mismo lo señala, el novelista es —paradojalmente— el menos apto para hacer teoría de lo que, en su persona, es profunda vivencia.

Cuando se me ha preguntado sobre el estilo y la técnica de "HIJO DE LADRON" y de "MEJOR QUE EL VINO", no he podido decir cómo está hecho ese estilo, ya que no lo sé, ni tampoco cuál es, desde un punto de vista sistemático, su técnica; tampoco lo sé. El estilo no se elige previamente, excepto cuando el que se decide a escribir cree que puede hacerlo; pero el que se proponga tener determinado estilo no tendrá ninguno que valga la pena. Nunca me propuse, conscientemente, tener una estilo ni construir una técnica. No puedo asegurar que ésa haya sido siempre la norma de los trabajadores literarios, pero creo que, por lo general, así ha sucedido. Ningún escritor conocido, que yo sepa, y me gustaría saberlo, ha explicado cómo construía su estilo ni cómo edificaba su técnica. Sólo después de terminado un libro puede el autor saber lo que ha hecho, aunque algunos no lo saben nunca. Cómo lo ha hecho, lo ignora. Es cierto que durante su trabajo ha contado con sus puntos de vista, con su criterio y su gusto, pero la creación misma, la realización de todo ello, escapa a cualquiera explicación.

Por otra parte, si dijera que mi estilo y mi técnica, si es que los tengo, aparecieron espontáneamente, mentiría. Ambos son, de seguro, fruto de la madurez, de la experiencia de decenas de años de trabajo. El hombre es un ser nacido para adquirir experiencia y tener conciencia de ello. A veces la aprovecha bien y a veces mal.

Se dice que la obra literaria es, principalmente, una lucha del escritor contra el lenguaje o con el lenguaje, que parece más correcto. ¿Qué significa esto? A mi juicio, que la experiencia o el resultado de una experiencia que queremos escribir exige un lenguaje adecuado a ella, negándose esa experiencia a aceptar cualquier otro. Miremos trabajar a un escritor: escribe un trozo, un párrafo o un capítulo. Vuelve sobre él, lo lee y empieza a corregir lo escrito y lo corrige una y otra vez y diez o veinte veces. "La prosa nunca está terminada", decía el maestro de Ruán. Y, en verdad, así es. Pero, ¿qué es lo que buscamos al escribir? ¿Buscamos lo que se llama belleza de expresión, una determinada forma, un lenguaje que parezca sólo nuestro? Buscamos todo ello, pero principalmente buscamos, deberíamos buscar, las palabras adecuadas para el pensamiento o el sentimiento que queremos expresar, esas adecuadas palabras que la experiencia que queremos narrar nos está exigiendo. Llega un momento en que ya no podemos corregir más; todo nos parece perfecto, ya intocable: pero, ¿hemos realmente vencido al lenguaje, alcanzado lo que queríamos? No lo sabemos con seguridad. Nuestra capacidad de corregir es limitada, en unos más que en otros, y lo que unos dejamos así, imposibilitados de corregir más, otros podrían quizás seguir corrigiendo, hasta alcanzar la verdadera y adecuada expresión, la última, si ello es posible.

Ud. ha indicado que el escritor, durante su trabajo, cuenta con sus puntos de vista. ¿Podría indicarnos algunos de ellos?

He procurado usar un lenguaje de acuerdo con la condición del personaje, con el tema y el ambiente, no sólo desde el punto de vista narrativo o reflexivo, sino también desde el punto de vista emocional, un lenguaje que pudiera transmitir lo que me dominaba al escribir. He evitado siempre el uso de palabras grandilocuentes o altisonantes, arcaicas o retorcidas, exquisitas o exóticas, falsamente filosóficas o pretendidamente originales. Este aprecio por el lenguaje sencillo no ha sido roto más que en mi novela "LANCHAS EN LA BAHIA", en la que usé demasiadas metáforas. He terminado, felizmente, por desprenderme de ellas, como quien se desprende de algo que lo pone en ridículo o que lo desvaloriza en alguna forma. La metáfora es un recurso a que echa mano el escritor cuando aquello de que habla escapa a su poder de precisarlo, sobre todo a su poder de precisar una cualidad. Esto, en cuanto al prosista. En cuanto al poeta, sabemos que no tiene, para realizar su trabajo, ni el espacio ni el tiempo de que dispone el prosista. El poeta debe expresar, en el menor espacio y en el menor tiempo, una cualidad, y debe entonces ser preciso y la única manera de serlo es reducir a metáforas los elementos que puedan transmitir el sentimiento de esa cualidad.

Con respecto a la imaginación creadora, Manuel Rojas verifica que el artista mira las cosas de manera distinta a los demás seres humanos. Así, a propósito de unos relatos escritos antes de empezar a escribir "HIJO DE LADRON", declara:

Mientras los redactaba y después, al leerlos, me di cuenta de que tenía la tendencia a examinar las cosas, los seres, y los hechos de una manera diferente a como los examinaba antes, aunque antes no los examinaba; simplemente, los describía, los presentaba. Al mismo tiempo, advertí que los relacionaba entre sí, más que de un modo inteligente, de un modo emocional, no escapando a esa tendencia ni siquiera lo que de por sí parece no tener emoción; los muebles de una pieza, por ejemplo, o el sonido de la sirena de una fábrica. Todo ello daba la impresión de que, más que la descripción de los hechos, los seres y las cosas, me interesaba la sensación que producían.

¿Era bueno eso, era malo? No lo supe, pero me gustó. Había allí un elemento o una fuerza que, aunque desconocida para mí, no podía ser sino mía, y esa fuerza era la que examinaba todo de cierta manera especial e iba uniendo todo de otra cierta manera también especial, una fuerza que tenía criterio, gusto, preferencias, ya que rechazaba todo lo que no tenía lo que ella deseaba o buscaba: color, sonido, significación, densidad o sensibilidad, creando con todo ello un clima a satisfacción de su criterio y de su gusto y de sus preferencias. Descubrí, con gran sorpresa, que el resultado estaba de acuerdo con mi modo natural de pensar, de divagar, de reflexionar y de recordar, un modo en que entra todo, lo inteligente y lo sensible, tal vez más lo sensible que lo inteligente, lo lógico y lo especulativo y también lo inconsciente y lo absurdo, un modo en que a veces los seres, las cosas y los hechos pasan y vuelven a pasar, uniéndose entre sí de una manera imperceptible. Aparecían cualidades sensibles desconocidas para mí hasta ese momento y me pareció que mi mente había sufrido algún cambio, un cambio que pudo haber ocurrido antes y que yo recién advertía. No puedo decir que todo fuese de la mejor calidad, pero como nadie puede elegir entre lo que tiene y lo que no tiene, acepté lo que tenía.

¿Por qué no escribir como pienso, como reflexiono, como divago y como recuerdo, en vez de hacerlo como no recuerdo, divago, reflexiono o pienso? Al pensar no se me ocurren metáforas, ni tampoco cuando recuerdo o divago; debo entonces suprimir las metáforas. No son mías, son artificiales, externas. Si recuerdo un determinado momento de mi vida o de la vida de alguien, sé que hay allí un paisaje, pero ese paisaje tendrá interés o podrá tenerlo sólo si tiene algo que ver con el estado emotivo o psíquico del personaje, si hay relación sensible entre ellos.

Creemos hacer obra literaria describiendo lo que vemos, transcribiendo lo que nos cuentan o reproduciendo lo que hemos vivido, así como ciertos pintores creen hacer pintura al reproducir fielmente una botella o una flor, y lo hacemos de modo superficial, sin mezclarnos en ello, suponiendo que bastará eso y que nuestro paisaje, nuestros montañeses, por ser nuestros, llamarán la atención hacia nuestra literatura. Pero, ¿será eso literatura? Mucho me temo que no. Creo

que será más bien literatura para turistas. No es el paisaje ni los habitantes de un paisaje los que hacen una literatura. Hay algo más, algo más.

Estas declaraciones aluden al porvenir de nuestra novela. En este sentido, ¿qué misión tiene la crítica?

Estimo que una de las grandes labores del verdadero crítico es orientar a los escritores. Se echa de menos entre nosotros alguien que se dedique, de modo preferente, a estudiar los problemas de la literatura americana, a examinar sus cualidades y defectos y a sugerir, conforme a un criterio más filosófico que literario, cuáles son aquellas virtudes en que hay que insistir, cuáles los defectos que hay que rechazar y qué es lo que hay que crear. Hasta este momento estamos como ciegos en la materia y los escritores nos guiamos, o no nos guiamos, por nuestros gustos e inclinaciones, a veces de la peor especie. A los que hacemos literatura de creación nos falta, casi del todo, una imagen justa del panorama científico de la literatura mundial, de la gran literatura, una noción espiritual que nos permita decidir qué debemos intentar para llegar a formar parte de esa gran literatura; un guía intelectual que nos señale, mejor dicho, que nos empuje por el camino. ¿Qué podemos incorporar nosotros a la gran literatura y cómo debemos hacerlo?

Un buen crítico puede hacer progresar una literatura; uno malo la empeorará (*).

(*) Los textos pertenecen a las siguientes ediciones: REFLEXIONES SOBRE LA LITERATURA CHILENA, de EL ARBOL SIEMPRE VERDE. Stgo.: Ed. Zig-Zag, 1960. ALGO SOBRE MI EXPERIENCIA LITERARIA, de OBRAS COMPLETAS DE MANUEL ROJAS. Ed. Zig-Zag, 1961. Esta entrevista imaginaria ha sido aprobada por el autor.